



Comunicación

ESTRATEGIAS POLICIALES ANTE NUEVAS AMENAZAS Y RELACIONES SEGURIDAD PÚBLICA – DEFENSA NACIONAL

Gustavo Gorriti*

La principal amenaza que vivió el Perú en términos de seguridad pública y nacional fue la insurrección de Sendero Luminoso. Desde su inicio engañosamente simple, hasta el momento, a fines de la década de 1980 y comienzos del 90, cuando Sendero afirmó haber alcanzado la paridad estratégica e iniciado la etapa dirigida a conquistar el poder, Perú vivió una guerra interna en la que murieron decenas de miles de personas y soportó una destrucción material por miles de millones de dólares.

Para todo propósito práctico, la guerra interna terminó hace algunos años. Sendero Luminoso mantiene grupos armados en un par de regiones del país, pero lo que queda no constituye ya una amenaza estratégica, como lo fue –y mucho– hasta fines de 1992.

¿Por qué traer a colación el caso en el contexto de este estudio? Porque aquella amenaza sin precedentes en el Perú puso en juego todo tipo de reacciones y respuestas por parte de un Estado confundido, que vio como fracasaban uno tras otro esos esfuerzos, año tras año, mientras la situación empeoraba hasta hacerse casi insostenible.

Una vez que la Policía fue derrotada en 1982, en la primer área en emergencia (la de Ayacucho, en la sierra centro-sur del país), las Fuerzas Armadas asumieron la tarea contrainsurgente poniendo en práctica las doctrinas de contrainsurgencia que se había empleado pocos años antes frente a las insurrecciones guerrilleras en Sudamérica, especialmente en el Cono Sur, y que en todos los casos terminaron con la abrogación de la democracia, la instauración de dictaduras y la perpetración de atrocidades contra decenas de miles de personas.

Esa doctrina, heredada de la *guerre révolutionnaire* francesa, esencialmente contraria a la democracia, fue aplicada en Perú inicialmente en las áreas provincianas donde se dio con mayor fuerza el crecimiento de la organización maoísta. Pese al gran número de víctimas, (muertos, desaparecidos, desplazados), la insurrección no solo no fue dominada sino

*Periodista, Director del Área de Seguridad Ciudadana del Instituto de Defensa Legal.

que continuó creciendo y esparciéndose por nuevas regiones del país.

El fracaso de las estrategias de represión brutal tuvo otro efecto colateral: la erosión paulatina de la democracia peruana, joven entonces, precaria y frágil, que perdía regiones enteras del territorio nacional cuando éstas se declaraban en emergencia y se ponían bajo control de un comando político-militar. Así, mientras la insurrección se expandía y hacía metástasis, también se expandían paralelamente dictaduras militares provinciales dentro de un gobierno democrático nacional. La democracia peruana abdicaba gradualmente, y cada vez más, de su gobierno y del imperio de la ley porque simplemente no sabía cómo enfrentar la insurrección y cómo emplear sus propias herramientas de defensa.

Hacia fines de la década de 1980, la situación se había agravado considerablemente, y las principales ciudades del país, entre las cuales Lima, se convertían en teatros crecientemente centrales de la guerra interna. A lo largo de esos años, las diversas fuerzas que enfrentaban a Sendero (las Fuerzas Armadas, las Policías, los grupos organizados de la sociedad), habían ensayado multitud de medios y de formas de enfrentar a los maoístas. Unos más crueles que otros y algunos más eficaces que los anteriores también. Sendero había perdido el control de algunos territorios previamente dominados (y tiranizados), sobre todo cuando los campesinos se levantaron para enfrentarlos. En algunos casos con la ayuda de las Fuerzas Armadas, en otros prácticamente solos. Pero en la suma total de la guerra interna, Sendero estaba más fuerte que antes, controlaba o influenciaba más territorio y se preparaba para variar la clásica estrategia maoísta con una que tenía fuertes elementos de la doctrina previa del Comintern: intentar provocar el colapso del Gobierno desde las ciudades y su periferia inmediata.

Una persona, de suprema importancia durante toda la guerra, se hacía ahora doblemente vital. Abimael Guzmán, el “Presidente Gonzalo”, era no solo el líder indiscutido de Sendero Luminoso, sino que ya se había transformado en lo más cercano que un movimiento maoísta ultraortodoxo podía tener de adoración cuasi-religiosa. A diferencia de los casos de, por ejemplo, Stalin, Mao o Kim Il-Sung, en los cuales el llamado culto a la personalidad se manifestó después de la victoria y de las purgas de rigor, el culto a la personalidad de Gonzalo se desarrolló durante la insurrección y creció en ella hasta niveles extravagantes para una organización marxista.

En medio de remezones internos y de algunas purgas con métodos calcados de la Revolución Cultural china, la posición del “Presidente Gonzalo” se había convertido, para los senderistas, en la del profeta mayor de una religión secular. “Gonzalo”, Abimael Guzmán, era la llave de la victoria para sus fieles. No solo en el Perú sino, eventualmente, en el mundo. Para seguir las órdenes de quien llamaban “el más grande hombre viviente sobre la faz de la tierra”, los senderistas no dudaban en entregar la vida, puesto que debían llevarla siempre “en la punta de los dedos”. En el momento de la muerte, “de la suprema entrega”, quizá entre torturas atroces, “la jefatura” estaría con ellos, en una suerte de transporte místico que de alguna manera habían compatibilizado con su convicción materialista.

Si Abimael Guzmán era tan importante, como guía estratégico pero también objeto de culto y de fe para Sendero, había que asumir que esa su mayor fuerza podía convertirse en su mayor debilidad. Era tal la dependencia de la organización rebelde en su líder/profeta, que su captura podría representar un golpe demoledor, decisivo e invalidante.

Eso fue, de una u otra manera, comprendido por el Estado peruano desde los primeros años de la guerra. Diversos grupos de inteligencia y de operaciones especiales se crearon durante esos años para darle caza a Guzmán. La mayoría tuvo nombres calcados de *thriller* (el más popular fue *Skorpio*), logró presupuestos especiales de operaciones y se las arregló para desaparecer el dinero sin llegar cerca del líder.

Lo que entonces sabían unos pocos (posiblemente no la gente de operaciones especiales de inteligencia) es que Abimael Guzmán no podía estar en los Andes. Sufría de una enfermedad llamada policitemia, que hacía imposible que permaneciera en la altura por tiempo prolongado. Como también sufría de la piel (psoriasis), lo más probable es que estuviera forzado a vivir en una ciudad. La que, en efecto, resultó ser Lima.

Hacia 1989, la mayor parte de esos grupos de inteligencia ya había fracasado. La policía anti-terrorista, abrumada por el crecimiento del senderismo en Lima, había dejado la investigación en profundidad que por momentos tuvo a mediados de los ochenta, y se concentraba en acciones tácticas: incursiones nocturnas para tratar de capturar el mayor número posible de activistas; interrogatorios brutales para lograr

información de aprovechamiento inmediato. La eficiencia era medida por el número de capturas.

Entonces se dieron dos iniciativas casi paralelas, que buscaron enfrentar el mismo problema desde dos perspectivas, métodos y filosofías totalmente diferentes.

La primera fue la fundación del GEIN (Grupo Especial de Inteligencia), en la última parte de 1989. Su propugnador y fundador fue un mayor de la Policía llamado Benedicto Jiménez, que veía con creciente frustración que las acciones de mano dura de la Policía, las incursiones violentas, las puertas rotas a patadas, las detenciones al por mayor, no solucionaban el problema sino lo agravaban.

Jiménez reunió un grupo pequeño de policías y los puso a hacer lo que le habían enseñado sus mentores hace años: estudiar a fondo al senderismo, aprender a pensar como ellos, conocer su historia en el detalle, la dinámica de su movimiento, su filosofía, doctrina, estrategia. Los otros policías vieron ese esfuerzo con burla y los llamaron “los cazafantasmas”. Sus jefes, viendo que a Jiménez no le importaba competir por cuotas de gente capturada e inmuebles intervenidos, intentaron sacarlo de la unidad. Jiménez logró comunicarse con el jefe de la Policía, general Fernando Reyes Roca, a quien convenció de que lo dejara experimentar con su método. Tanto Reyes Roca como el entonces ministro del Interior, Agustín Mantilla, decidieron apoyarlo con un mínimo de recursos.

En pocos meses de un seguimiento paciente a varios sospechosos, sin dejarlos saber que eran seguidos y sin efectuar ni un solo arresto, Jiménez y su pequeño grupo de policías fueron desenredando un ovillo invisible. Finalmente, en junio de 1990, siendo todavía presidente Alan García, el GEIN allanó varias casas y en una de ellas, cercana al cuartel general del Ejército encontró no solo un tesoro documental sino la evidencia de que Abimael Guzmán había vivido ahí hasta hace poco. Plenamente energizados, prosiguieron con su seguimiento y pesquisas.

Entonces hubo un cambio de gobierno. Salió Alan García y Alberto Fujimori asumió la presidencia del Perú el 28 de julio de 1990.

Fujimori ya había desarrollado durante la campaña una fuerte

dependencia con el ex-capitán del Ejército, Vladimiro Montesinos. Personaje extraordinariamente sinuoso, intrigante y carente de escrúpulos, a la par que audaz, Montesinos tenía una fijación con el mundo de la inteligencia, del espionaje y de las tácticas más amenazadoras y coercitivas para afirmarse en el poder. Al lograr que Fujimori lo siguiera en todas sus iniciativas, Montesinos buscó reorganizar el Estado en forma tal que el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), que él controlaba, se convirtiera en la cúspide de la pirámide de las fuerzas de seguridad y del gobierno. El comando conjunto de las fuerzas armadas, la policía, y finalmente el resto del Estado, se ponía bajo las órdenes y dependencia del SIN.

Mientras efectuaba esos cambios, en 1991, Montesinos buscó tener capacidad operativa propia a través de grupos de acción que estuvieran bajo las órdenes directas del SIN y pudieran llevar a cabo las acciones que él estimara convenientes. Un grupo especial fue formado con elementos del Ejército transferidos al SIN desde la dirección de inteligencia del Ejército (DINTE). El grupo se haría famoso por su sobrenombre: Colina.

Durante la guerra interna había habido varios grupos o militares encargados de misiones “especiales” tales como asesinatos y torturas. Pero la mayoría operaba en el nivel zonal o regional. Esa fue la primera vez que un grupo operativo con experiencia en ese tipo de acciones pasaba a depender directamente de la jefatura del SIN. Es decir, de la organización entonces más importante del Estado.

La idea de Montesinos fue la de utilizar ese grupo para todo tipo de acciones que él estimara necesarias. Entre ellas, por supuesto, la dedicadas a la lucha contra Sendero Luminoso. La visión de Montesinos (y ciertamente la del grupo Colina) era una que confería gran importancia a las acciones de contraterror, a la eliminación de enemigos o la capacidad de hacerlo. Se suponía que el SIN lograría la información y, en determinadas circunstancias, el grupo Colina actuaría expeditiva y letalmente, al margen de la ley pero al servicio del poder, como un grupo secreto y terrorífico.

Entre tanto, el GEIN lograba sobrevivir a las numerosas purgas que siguieron al cambio de poder y proseguía con su paciente tarea de estudiar cada documento, de seguir las huellas ya identificadas, sin ceder a la tentación de arrestar, dejando que un sospechoso los lleve a otro y éste, todos sin darse cuenta que eran seguidos, a un tercero.

Dado que este grupo de policías debía ser muy especializado, llevar a cabo un trabajo extremadamente fatigoso y desgastador y enfrentar a un enemigo convencido de ser portador de la verdad histórica, Benedicto Jiménez enfatizó el desarrollo de una doctrina operativa que se puede resumir en lo siguiente:

- El GEIN proclamaba su superioridad ideológica y moral, dado que luchaba por la defensa de la vida, la libertad y la democracia.
- El GEIN basaba su superioridad en el conocimiento profundo y detallado del enemigo. El arresto debía efectuarse cuando la vigilancia y el seguimiento hubieran rendido todos sus frutos. El interrogatorio debía partir de un conocimiento mucho mayor del que el enemigo pudiera sospechar que se tenía de él. El conocimiento y la inteligencia hacían no solo innecesario cualquier apremio, sino que la superioridad funcional y moral del GEIN hacía que se descartara de plano la tortura o cualquier ilegalidad.
- Por esa razón, los arrestos deberían efectuarse con rapidez y eficiencia pero sin ningún exceso de fuerza.

A fines de enero de 1991, el GEIN intervino una casa en la zona residencial de Chacarilla del Estanque, tres días después que Abimael Guzmán la hubiera dejado. Pero ahí, y en otro lugar intervenido a la vez, se encontró otra inmensa veta documentaria de Sendero, incluyendo vídeos de Guzmán y sus partidarios más cercanos. Nunca se había llegado tan cerca del jefe senderista.

El GEIN, como era su procedimiento, se abocó a analizar los documentos mientras continuaba con la cacería del liderazgo senderista. Pero esta vez, el SIN exigió que se le diera lugar al grupo Colina para que estudiara también la misma documentación. El GEIN no tuvo más remedio que permitirlo.

Así, durante algunas semanas, dos de los grupos de metodologías, doctrinas, visiones de la guerra, de la seguridad, la ley y la vida más opuestas que pueda pensarse, cohabitaron dedicados, uno junto al otro, a estudiar y extraer conclusiones de los mismos documentos.

Eventualmente, Jiménez expulsó al grupo Colina de las oficinas del GEIN. Puso así en riesgo su carrera, pero sus logros recientes le permitieron

salvarla. Tomó la decisión cuando supo que eran espiados por el Colina. De todos modos, el estudio había sido realizado ya por ambos.

A partir de ese momento, lo extraordinario es la diferencia que hubo entre dos grupos que habían estudiado lo mismo, que tenían parecidas misiones y servían, por lo menos en teoría, a las necesidades de seguridad del estado.

El grupo Colina hizo un “manual” sobre Sendero Luminoso, que les valió una felicitación y presiones para ascensos por parte del entonces presidente Fujimori. Pocos meses después, a fines de 1991, perpetraron la masacre de Barrios Altos, que hoy es uno de los cargos centrales por los que Fujimori fue extraditado de Chile a Perú. Meses después, luego del golpe de Estado del 5 de abril de 1992, secuestraron y asesinaron a varios estudiantes y un catedrático de la Universidad de la Cantuta (entre varios otros asesinatos), como parte de una política de represalias y mensajes a la cúpula de Sendero Luminoso.

Por su lado, el GEIN solo disparó dos veces en ese período, una vez al aire y otra por accidente, sin herir ni golpear a nadie. Pero el 12 de septiembre de 1992, luego de una larga vigilancia a varias casas, intervinieron en una academia de ballet en un distrito de clase media de Lima y, en el segundo piso, capturaron a Abimael Guzmán. Esa fue la estocada mortal que destruyó a Sendero Luminoso.

Lo paradójico de esa captura fue que ese grupo de policías que actuó dentro de una impecable legalidad y que tuvo como norte defender a la democracia, ayudó a que Fujimori recibiera el crédito de la captura y lograra con eso un tremendo respaldo que justificó su golpe de Estado y el derrocamiento de la democracia.

A la vez, el grupo Colina, de asesinos presuntamente selectos, es ahora el que puede llevar, a través de la cadena de responsabilidades surgida de sus crímenes, a que Fujimori y Montesinos enfrenten severas condenas.

De otro lado, es profundamente significativo e interesante constatar la diferencia de resultados que dos grupos con la misma misión de seguridad del Estado, pero con filosofías, doctrinas, metodologías y prácticas completamente diferentes, pueden tener en términos de eficacia y resultados. Esa comparación es particularmente significativa en circunstancias de lucha contra el crimen organizado y contra el terrorismo.

Bien entendida, como lo comprendió el GEIN, la democracia es una causa poderosa que ayuda a desarrollar formas superiores y altamente eficaces de investigación, que cumplen plenamente la función de proteger la sociedad sin fracturar ni sus leyes ni sus ideales.